

## « MI FAMILIA Y YO SERVIREMOS AL SEÑOR »

Orville Swindoll

Pienso que el testimonio de una familia que permanece fiel al Señor a lo largo de los años nos anima a todos.

Tuvimos el privilegio de tener en Argentina un buen hermano como vecino. En mi vida no recuerdo haber conocido una persona más servicial. Pero no sólo él; su esposa y todos sus hijos eran serviciales. Dieron toda la apariencia de encontrar el gozo más grande en servir a los demás. Ningún servicio fue demasiado grande o pesado. Cuando un hermano se mudaba de casa, allí estuvo Miguel con alguno de sus hijos para levantar las cosas más pesadas y resolver los problemas más difíciles. Y siempre lo hizo con una sonrisa, haciendo creer que «era una papa». Cuando había trabajo que hacer en la iglesia, allí estuvo Miguel, más temprano que todos, ocupándose en cualquier aspecto del servicio: limpieza, arreglos o reparaciones, asistencia a otros, lo que fuera.

Por su disposición de servir ganó la atención de un periodista que publicó un artículo acerca de él en uno de los diarios de Buenos Aires, cuando era chofer de un autobús de la ciudad. Su forma de tratar a todos los pasajeros con deferencia y corrección impresionó a todos. Su insistencia en que las mujeres embarazadas tuvieran asiento antes de mover el autobús, provocó asombro entre los pasajeros. Los que solían viajar con él en repetidas oportunidades, le llevaban a veces algún regalo como expresión de su agradecimiento. Esto se aprecia mejor cuando se toma en cuenta que los choferes de los autobuses en Buenos Aires tienen fama de brutos, desconsiderados, y aún arriesgados en el manejo.

Miguel y su familia se hospedaron en nuestra casa y en la de nuestros hijos cuando visitaron a los EE.UU. en dos oportunidades. Su buena disposición para servir y colaborar nos dejaron asombrados. Fue imposible cortar el césped sin despertar en ellos el deseo de dar una mano. Compraron alimentos en el supermercado y se pusieron a hacer la comida en casa para un grupo numeroso, sin decir nada previamente. Nunca dejaron las cosas tiradas o en desorden. Aun cuando estuviéramos apilados en casa con quince personas durmiendo y comiendo, fueron tantas sus expresiones de bondad y sus esfuerzos de colaborar, que nadie sintió pesar ni incomodidad. Al contrario, siempre hicieron más agradable el trabajo de todos.

Miguel y su esposa, con sus hijos, eran para nosotros hermosos ejemplos de lo que significa tener una vocación de servir, de hacer bien a cuantos encuentran en el camino. Hallaron un gozo legítimo y profundo en el servicio desinteresado, y lo pudimos comprobar durante muchos años.

Es hermoso encontrar una familia entera que sirve al Señor de corazón. Conocemos a otra familia cubana que es ejemplar en su dedicación, tanto al Señor como al prójimo. Se trata de un profesional y su esposa, con cuatro hijos grandes, también todos profesionales: generosos, bondadosos y con un profundo amor al Señor. Hemos conversado con todos los miembros de la familia y estamos impresionados por su integridad, su fe y su disposición de servir a los demás.

Cuando Israel terminó su conquista de la tierra prometida, el pueblo tuvo que enfrentar la enorme responsabilidad de trabajar la tierra, levantar sus casas, dar fundamento a sus comercios y artesanías y criar a sus hijos. Fue la primera vez que tuvieron una tierra que pudieron llamar suya. Pero el riesgo mayor era que, en medio de tanta actividad, pudieran aflojar en sus compromisos espirituales y morales, olvidando la bondad y la fidelidad del Señor para con ellos.

Josué había liderado al pueblo de Israel durante unos trece años de guerra de conquista para acabar con las tribus malvadas e idólatras que Dios determinó juzgar y raer de la tierra. Los últimos dos capítulos del libro que lleva su nombre registran su despedida. Comienza el pasaje diciendo:

Mucho tiempo después de que el SEÑOR le diera a Israel paz con sus enemigos cananeos, Josué, anciano y cansado, convocó a toda la nación ... y les dijo: «Yo ya estoy muy viejo, y los años me pesan. Ustedes han visto todo lo que el SEÑOR su Dios ha hecho con todas aquellas naciones a favor de ustedes ...

Por lo tanto, esfuércense por cumplir todo lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés. No se aparten de esa ley para nada ... Permanezcan fieles a Dios, como lo han hecho hasta ahora.»

Josué 23: 1–3, 6

Al final de su exhortación, este anciano de más de ochenta y cinco años de edad dijo: «Ahora ustedes entréguense al SEÑOR y sírvanle fielmente ... Pero si a ustedes les parece mal servir al SEÑOR, elijan ustedes mismos a quiénes van a servir: a los dioses que sirvieron sus antepasados al otro lado del río Éufrates, o a los dioses de los amorreos, en cuya tierra ustedes ahora habitan. Por mi parte, mi familia y yo serviremos al SEÑOR.»

Josué 24:14–15

Me conmueve pensar en ese anciano parado allí —probablemente con toda su familia extendida con él— afirmando este compromiso. Esto es mucho más que una promesa que

va a ser fiel; es la declaración que seguirá viviendo en fidelidad al Señor que ha servido durante toda su vida, junto a toda su familia. El pueblo conoce a todos ellos; sabe que su esposa y sus hijos también son fieles al Señor. Josué está diciendo, en efecto, que está conforme, está satisfecho, con el propósito y con el trato de Dios con ellos, está confiado en sus promesas y en su gran fidelidad. No tiene la menor idea de abandonar el camino en el cual ha andado durante tantos años. Ese testimonio tiene que dar ánimo a todos, pero especialmente a los más jóvenes que están recién iniciando su familia y saben que no siempre será fácil, que habrá problemas y escollos en el camino. Ven a este anciano afirmar que vale la pena servir a Dios y no volver atrás, y se detienen a pensar con seriedad en el camino que está delante de ellos.

Amados hermanos, algunos aquí ya somos ancianos, pero hay muchos entre nosotros que son jóvenes, que tienen su vida por delante. Queremos decirles que ahora, temprano en su vida, es tiempo de afirmar su rostro para seguir al Señor. Es tiempo de declarar que el Dios el Israel, el Dios de Jesucristo, el Dios de Pedro, de Juan y de Pablo es también su Dios. Afirman hoy que van a servir al Señor hasta el fin y hasta los últimos confines de la tierra, para que el nombre y el amor de Cristo Jesús sea conocido en todo el mundo, entre todos los pueblos.

Digamos con Josué: «**Mi familia y yo serviremos al SEÑOR**».